

LIBROS

**Celso Emilio Ferreiro: Poesía, testimonio, emigración**

Fuco Buxán: *jemigral* Y, como en el poema, Celso Emilio emigró. Su estancia en Venezuela fue de cinco años y dos libros; libros de amargura y de desencanto en los que nos habla de su último viaje, de su llegada al "país de los enanos" y de las largas noches de piedra en las que sus sueños aldeanos se trastocaron en realidades mercadifles, o. k., pago al contado.

Años antes, el mar de Vigo le abría sus puertas hacia atlánticos desconocidos, con recalada en todos los caribes de mundos nuevos y galicias prometidas...

Celso Emilio volvió en el setenta y dos; arribó a Madrid —al fin y al cabo Madrid está más cerca de Galicia— y desde aquí Celso Buxán de vuelta; Fuco-Emilio, tránsito; Celso Emilio Ferreiro, hombre; espera, como también espera el viejo trabajador del monólogo de "Longa noite de pedra":

«Traballei cincuenta [anos sin sosego... Agora tomo o sol, e [mentras o tomo... [espero.

● Alguien dijo que la poesía es la carne hecha verbo. A partir de esta definición —que en cierta manera comparo— pueden formularse tantas subdivisiones como poetas hay en el mundo. En general, y quizá por mi aversión natural a la petulancia, soy poco propicio a pronunciarme sobre un tema tan huidizo y sutil como es el fenómeno poético. Por otra parte

las teorías sobre poética no me atraen porque las considero puras especulaciones literarias.

● Puedo hablar un poco de mi poesía y decir que es una búsqueda de la realidad última que se esconde detrás de la realidad aparente. Un decir desde una actitud solidaria con el hombre, y no para unos hombres determinados. Soy sencillamente un poeta —si es que lo soy— que a veces, como quería Artaud, escucho voces que no son del mundo de las ideas, o, más justamente, percibo ideas que están más allá de la lógica y de la escolástica.

● Profeso con entusiasmo la antropoética porque me preocupan el oficio de hombre y su destino; y de ahí que mi poesía sea fundamentalmente testimonial, dispuesta en una actitud que obedece a raíces gallegas muy profundas, semejantes, sin duda, a las que alimentaron la poesía contestataria de todos los tiempos, ya que la historicidad del fenómeno «engagé» es incuestionable.

● Pese a que Galicia fue en algún tiempo calificada —y nada menos que por Lope de Vega— como una tierra nada fértil en poetas, la verdad es que si en algo ha sido fecunda fue en su generosidad lírica. Lo que ocurre es que la poesía gallega solamente ahora comienza a ser relativamente conocida. Durante años vivió marginada del contexto literario español, porque se la consideraba como una poesía menor, más o menos folklórica y pastoril.

● La poesía gallega tiene el mismo rango que otra cualquiera de las peninsulares, si bien su «tempo» es distinto y sus características obedecen a motivaciones históricas diferentes. La mal llamada poesía social, es decir, la entrega al mundo conflictivo, que habla en «nosotros» y no en «yo», tiene en Galicia estancia propia y responde no a todas momentáneas, sino al espíritu crítico



del hombre gallego, a su escepticismo, a su sentido de la ironía y, sobre todo, a que la tierra gallega más que un país edéntico, ha sido, a lo largo de los siglos, un habitat hostigado por la historia.

● En la mejor Rosalía —en la de «Follas novas»— sigue fluyendo esta corriente de rebeldía suscitada por situaciones opresivas e injustas, a cuyas víctimas se acercaba el poeta, conmovido y a veces indignado, en una actitud solidaria. Curros Enríquez se sitúa en el mismo campo, aunque adoptando una actitud y un lenguaje más radicales y violentos. Y los epígonos de ambos —entre los que podrían citarse, ya en nuestro tiempo, a Cabanillas— siguen la misma trayectoria de poetas que tienen una idea muy clara de su misión en la sociedad.

● Cuando la poesía «comprometida» llega a la lengua castellana de la década de los cincuenta, ya en Galicia tenía una tradición de siglos, y si bien guardó silen-

cio en la posguerra y no se manifestó hasta los años sesenta, fue por razones meramente coyunturales y obvias. Por eso yerran los que afirman que llegó tardíamente y como a remolque de una moda. Las que en realidad llegaron tardíamente fueron las condiciones objetivas de publicación y, sobre todo, las editoriales dispuestas a publicar esa clase de poesía.

● La América hispánica, salvo unos pocos países donde se practican ciertas formas de democracia representativa —más o menos auténtica— constituye un lamentable espectáculo de gorilismo político-social, degradado y degradante. Por otra parte, es tristísimo constatar en todos ellos la dependencia de USA, implacable y depredadora. La metrópoli imperial los tiene en un estado de absoluto sometimiento —no siempre disimulado— explotando, pro domo sua, las enormes riquezas de que disponen y manteniéndolos deliberadamente en el subdesarrollo y el inmo-

vilismo, cuando no en la pobreza. Se llevan —más bien les despojan— sus materias primas a precios irrisorios, que ellos mismos fijan, y después les venden sus manufacturas a precios de monopolio, que también ellos señalan. Interfieren constantemente la vida política del hemisferio, quitan y ponen gobiernos, y cuando por un descuido suyo surge un Altend, lo trituran... Debajo de todo esto subyace un fermento revolucionario que un día acabará con el bochornoso espectáculo —no nuevo ni único en la historia— de un país poderoso que sostiene un alto nivel de vida a costa de la miseria de otros países subyugados.

● Si tuviera que escribir un epitafio de urgencia para Neruda, sería éste: «Aquí yace un poeta terrenal que estuvo al servicio del hombre y supo morir a tiempo».

● Sobre la emigración gallega a ultramar se ha escrito en Galicia una literatura cuya deleznable y falaz condición no se comprende hasta que uno comprueba la «verdad» —como me ocurrió a mí— haciéndose emigrante. Antes de marcharme a Venezuela yo estaba convencido de que emigrar era la solución ideal para los gallegos que, por razones éticas o económicas, no les fue fácil vivir en su tierra. Pensaba que al otro lado del mar existía una Galicia viva, activa y liberal, dueña de una conciencia de pueblo en marcha. ¿Y qué mejor que incorporarse a esa Galicia del éxodo, libre y fecunda? Pero estaba totalmente equivocado: la presunta Galicia de la diáspora no existía salvo en algunos heroicos grupúsculos que luchan, con más tesón que éxito, por mantener erigida la bandera de la galleguidad.

● Aleccionado por la amarga experiencia de la emigración, ahora opino que la marcha masiva de nuestras gentes es una prueba de inmadurez socio-política,

amén de un suicidio colectivo y gratuito, tan irracional como el que practican los «lemmings», esos pequeños roedores escandinavos que, en determinadas épocas, abandonan sus montañas y, caminando día y noche, se dirigen hacia el mar, donde se ahogan a millares.

● Ahora repudio aquella opinión y sostengo la contraria: los pueblos, cuando tienen conciencia de sí mismos, no emigran; se enfrentan con la adversidad y la superan colectivamente. Cuando Castelao dijo aquello de «los gallegos no protestan, emigran», estaba muy lejos del elogio y si muy cerca del reproche.

● Desde el punto de vista de la galleguidad, la emigración a América ha sido totalmente estéril. Las actividades galleguistas (cuantitativamente escasas, si se tiene en cuenta que la emigración gallega existe allí desde finales del siglo XVIII) han sido realizadas por los intelectuales y con muy poca repercusión en Galicia, salvo en lo que respecta a Castelao, cuya obra ha sido más o menos difundida aquí.

● El propio Castelao, refiriéndose a este mismo problema de esterilidad, solía decir: «Antes de treinta años sólo quedarán en Buenos Aires nuestros apellidos gallegos». Hay, pues, que desmitificar a la emigración, quitarle toda trascendencia galleguista y dejarla reducida a lo que realmente es: un lamentable fenómeno económico.

● Este año he publicado tres libros: uno de cuentos, *A fronteira infinda*, editado por Castrelos, de Vigo; otro de epitafios, *Cimiterio privado*, editado por Edicións Roi Xordo, creada por un grupo de emigrantes gallegos en Ginebra; y un tercero, en castellano, *Curros Enríquez*, estudio, biografía y antología, que editó en Madrid la Editorial Iúcar. En la actualidad tengo escrito un libro de poemas,



Diario de a bordo, y estoy trabajando en uno de prosa, **Retratos fallados**, en el que habrá de todo: semblanzas, narraciones, comentarios y memorias. ■ **Declaraciones recogidas por CARLOS ESTEVEZ y MONCHO PERNAS.**

**Noticia de un pueblo**

«Cambio social en un pueblo de España» (1) titula el antropólogo norteamericano Joseph Aceves a su estudio sobre El Pinar. Ciertamente, El Pinar es un pueblo español (de Segovia), pero no es un pueblo cualquiera, por lo que no todas las conclusiones de este estudio son generalizables al resto de los pueblos españoles, aunque algunas aseveraciones del autor sí que lo son, y no sólo a municipios hispánicos, sino de cualquier parte del mundo y de cualquier tiempo de su historia. Así, cuando concluye: «Lo que quieren granjeros, resineros, comerciantes, artesanos y todos en general es hacer más dinero trabajando menos», pretensión tan po-

(1) Joseph Aceves: «Cambio social en un pueblo de España (Antropología sobre nuestra realidad)». «Conocimiento de España». Barral Editores. Barcelona, 1973.

co insólita, que es extensible a todo el mundo. O cuando redescubre la «contrainte» durkheimiana en el muy tópico y típico «¿Qué dirán?».

El padre de Aceves nació aquí y a principios de los años veinte emigró a los Estados Unidos. El Pinar «constituye —dice el descendiente— uno de los pueblos más representativos del programa de Ordenación Rural», y este fue otro de los motivos para la elección. Por suerte para los pinareños que no han emigrado, su pueblo no es de los más representativos de España. Y, por ello, a la hora de repartir generalizaciones conviene hacerlo con mano avariada. Quizá sea esto tributo obligado en casi todos los estudios de este tipo. Y pienso al decirlo en el interesante trabajo sobre Belmonte de los Caballeros de Carmelo Lisón Tolosana (convertido aquí cuatro veces —páginas 165, 166, 190 y 197— en Lisón Tolosano).

Los valores base para este aldeano de «raza caucásica y católica» son los clásicos del honor, la vengüenza y la familia, a los que hemos de añadir el de la tranquilidad, conseguida «mediante un comportamiento de anulación». ¿Es de la unión de este comportamiento y del «individualismo de

los pinareños» de donde viene el que «los grupos de acción civil son desconocidos en El Pinar» y de donde puede deducirse que «el dirigente que no sea capaz de dar órdenes de una forma autoritaria y dominante ya no es un dirigente, según la forma de pensar de los aldeanos?»

A veces, estos aldeanos vistos por Aceves dan la impresión —y yo mucho que me alegro— de ser casi tan felices como los de aquel Calabuig berlanguero, y eso que todavía perdura el recuerdo del «horror que la guerra civil imprimió en la comarca».

Aceves ha realizado su estudio con evidente cariño y ejemplar dedicación. Sin embargo, el resultado escrito de sus dieciocho meses pinareños es desigual, porque aunque aporta muchos detalles, bastantes de ellos resultan innecesarios (al menos para el lector español), y de este ingente acarreo no acabamos de sacar una visión tan clara como era de esperar. En cambio, cuando incide en lo peculiar de El Pinar, el libro gana en interés. Así sucede en la parte destinada al estudio del campo, especialmente al tema resinero. La resina de los pinos, la estructura de la propiedad, los avatares de esta explotación, etcétera, son más novedosos

para un lector español que el hecho de que los alcaldes sean designados a dedo y no elegidos por los ciudadanos, primera particularidad política nacional de que el doctor Aceves da noticia en la relación del pueblo de su progenitor. Relación hecha, como ya hemos dicho, con mucho cariño y con un poco de ingenuidad como cuando escribe: «Desgraciadamente, ningún joven de Segovia ha tenido la suerte de visitar los Estados Unidos, pero existen esperanzas de que algún día se realice ese viaje». ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

**En busca del pecado original**

La autobiografía de un actor popular y archifamoso como Anthony Quinn podría limitarse (como la de su colega David Niven) a una sucesión frívola de anécdotas, repletas de otros nombres no menos famosos, para que pudieran deleitar a mitómanos y curiosos enfermos. El mundo de Hollywood, los amores secretos de figuras admiradas y de cómo se puede llegar a alcanzar la fama, suelen ser, generalmente, los elemen-

tos básicos de este tipo de libros.

Sin embargo, Anthony Quinn se ha planteado su «autobiografía» (1) de manera bien diferente. Para él, el ejercicio de escribir más de cuatrocientas páginas refrescando pasajes de su vida supone la posibilidad de encontrar algunas respuestas que precisa para entenderse mejor. Quinn no intenta alardear de escritor (aunque en algún momento, inevitablemente, caiga en la tentación), ni de humorista, ni de triunfador. La suya es una introspección honesta que pueda explicar sus conflictos primordiales. Narrada a un psicoanalista, su autobiografía va avanzando en la caza y captura de explicaciones, hasta llegar finalmente a una solución provisional. La candidez de Anthony Quinn no le impide entender algunas motivaciones fundamentales en la configuración de su carácter. Y justamente son éstas las que pueden trascender la explicación de un «caso» aislado para situarse en una dimensión social más amplia e importante. La revolución mexicana, vivida con su madre, la miseria posterior, la lucha por superar el «status» de «mexicani-

(1) «El pecado original», de Anthony Quinn. Editorial Pomare, 1973.

to sucio y hambriento», la discriminación de la que es víctima a causa de su origen y su posterior renuncia ante la fastuosidad y mentira del mundo del cine, forman el esquema argumental del libro de Quinn. Pero cada uno de sus pasajes (escritos —supongo que siempre dentro de lo que cabe— con una sorprendente y brutal sinceridad) se articulan en un proceso coherente que trata de clarificar el conflicto fundamental de la personalidad de Quinn; el de conseguir superar tanto un resentimiento alimentado durante años como un complejo de culpabilidad por haberse vendido a los explotadores. De ahí que la lectura de su trabajo pueda incluso apasionar.

Ciertamente, Quinn no alcanza el grado de profundidad que quizá necesitaba su esfuerzo. Pero la estructuración de «diario de psicoanálisis» permite una comprensión «entre líneas» que, de alguna manera, reemplaza lo no escrito directamente. Así, su lucha con el «niño», personaje imaginado que alcanza visos de realidad, que atormenta y persigue al protagonista hasta conducirle a la enajenación, punto de división en la biografía de Quinn entre su conciencia de mexicano marginado y su traidora ascensión en el mundo de la riqueza. El «niño» será el eje psicoanalizado; su lucha con el atormentado Quinn, la base de la revisión autobiográfica. Y el lector puede añadir de su propia cosecha la simpatía o el rechazo por ese personaje literario, en función de las significaciones que le encuentre.

Libro, pues, en cierto modo «abierto», no lejano a la estructuración de un guión cinematográfico, cuyo último sentido debe encontrarse en la reflexión del lector. Quinn no escamotea los datos que puedan ayudar a su comprensión. Los fundamentos de su filosofía cristiana y la manera en que, desde su origen económicamente mise-

